

Desde Galicia

*No, lo que se fue no está, nunca está muerto
se emboza casi apenas en olvido
y aguarda allí mientras te ve despierto.*

ELISEO DIEGO

Elvira Varela

—**S**ALGO EN EL AVIÓN DE LAS 16:10. PERO TU HAZ LO QUE Stengas que hacer. Yo te espero como siempre en la cafetería, leyendo el *ABC*.

Era una de sus máximas; no comprarlo nunca. Le gustaba ironizar con que lo leía sólo cuando venía a Galicia, porque lo regalaban en el avión. Así lo sorprendía las más de las veces cuando no podía pasar a recogerlo a la hora de llegada del vuelo; en la cafetería del fondo del aeropuerto, tomando un café y leyendo el *ABC*. Ese día pasé a buscarlo casi tres cuartos de hora más tarde. La pantalla confirmaba que el vuelo había llegado en el horario previsto. La cafetería es minúscula; se ve de un vistazo. Estaba casi vacía. Dos hombres en la barra y nadie más.

¿Dónde se habría metido? En el baño quizás. Me paré un momento enfrente de la puerta, convencida de que asomaría de un momento a otro. Pasado un tiempo razonable recorrí la terminal: la nave central, la otra cafetería, las tiendas... Trataba de mantener la calma, de contenerme para no desatar la alarma antes de tiempo. Todo tendrá una explicación —pensaba—, cualquiera puede perder un avión. No funcionaba. Él tenía por norma llegar con mucho tiempo de antelación. La única vez que perdió un vuelo fue porque nos salíamos tanto del mundo en nuestros encuentros que no nos enteramos ni de que ese fin de semana habían cambiado la hora.

Mi teléfono seguía mudo. Si no me llama es que está aquí —pensaba mientras iba de un lugar a otro buscándolo. Tenía una mañana ocupada —recordé—, seguro que algo se complicó y llegó tarde. Busqué en la pantalla el siguiente vuelo de Madrid. Estaba a punto de llegar a juzgar por la hora de salida, la única que figuraba en la pantalla. ¡Claro! —pensé— perdió su vuelo y no le dio ni

tiempo de llamarme antes de embarcar en éste. Me dispuse a esperar. Me entretuve pensando en cómo nos divertiríamos luego contándonos cómo había vivido cada uno este imprevisto. Como tantas veces, acabaríamos deformándolo hasta el límite para buscarle alguna punta graciosa o dramática, o ridícula, o qué se yo. ¡Nos gustaban tanto esos juegos! *Hacer literatura* —le decía yo a eso. Estos pensamientos rebajaron mi impaciencia, pero la calma duró poco. Seguí an sin poner en pantalla la hora de llegada y tampoco anunciaban si traía retraso, mientras las casillas siguientes se iban llenando de datos.

—No, los jueves no hay ese vuelo. Figura en pantalla porque es diario, menos los jueves, —me advirtieron en información.

Quise confirmar si había viajado en el anterior, pero me remitieron a otro mostrador.

—Lo siento, no nos está permitido dar ese tipo de información, —me dijo la chica de Iberia.

Sentía como la angustia subía de nivel. Las alarmas estaban a punto de saltar. ¿Conozco a alguien que tenga acceso a esa información? ¿Voy sin más a hablar con los colegas de prensa aunque no los conozca de nada? Mejor hablo con Celsa, ella sí que trabaja a veces por estos lares.

—Non, no coñezo a ninguén —me dijo.

Igual que yo, quería apostar porque todo se aclararía de un momento a otro. Me animó a ir directamente a no sé qué departamento que estaba en no sé qué esquina. Yo decía que sí, con tan poca convicción que ya no grababa los datos. Algo me decía que no tenía sentido llegar a los cauces oficiales. Cambié el rumbo y, al fin, hice sonar la alarma.

—Hola, Annabelle.

—¡Elvira! ¡Que alegría oírte! ¿Cómo estás?

Me costaba hablar y más todavía cortar tal entusiasmo, pero sólo cabía ir al grano.

—No te preocupes. Te llamo en cuanto sepa algo.

Busqué cambio; volví a llamar a Celsa desde una cabina, para preservar la poca batería que le quedaba al móvil. Le estaba contando el cambio de rumbo y aprovechando su complicidad para aguantar la espera cuando llamó Annabelle. No quiero ni imaginar lo que le costó llamarme..., hablarme..., decirme...

—Elvira, está aquí. Se quedó *dormido*.

Recuerdo como empecé a gritar *¡no!* una y mil veces. Pensé en Claudia; sentí su orfandad, la mía, la de tanta gente. Annabelle aplazaba su dolor para ocuparse del mío; mullía la voz para compensar la impotencia de no poder abrazarme.

—¡Ay, mi niña!, no te quedes ahí sola, vente a casa. ¿Qué vas a hacer?

El auricular colgaba de la cabina. Había dejado a Celsa abandonada en la otra línea. No sé hasta dónde se mantuvo la comunicación, ni cuánto había logrado sobreentender por el eco de mi voz. Nos llamamos de nuevo.

—Pero ¿cómo foi..., que pasou..., e Claudia...? ¿Qué vas a facer agora? Vaite para a casa ou a algún sitio onde te sintas ben. Vou en canto poida,... Non apagues o móbil...

No quería ir a ninguna parte. Preferí seguir esperándolo para no desesperar. Acabé derivando hacia la oficina de Iberia.

—¿Cuál es el próximo vuelo para Madrid?

—No hay ya hasta mañana por la mañana. A las seis o a las nueve. ¿Cuál prefieres?

—No se, lo voy a pensar.

—Cerramos a las nueve, —me advirtió el chico con una amabilidad discreta que iba más allá de la cortesía profesional.

Faltaban diez minutos. Con su ayuda tácita resolví rápido y compré el billete. Seguí deambulando; dejándome ir de aquí para allá, del llanto a la *literatura*.

—¿Qué historia es esta, Viejo? Me pierdo. ¿De verdad que no has cogido el avión?

El nunca cambiaría de planes sin avisar. Tuvo que volar. Llegué a verlo en su asiento, aparentemente vacío —ventanilla, ¡que raro en el!—, entrando y saliendo sin necesidad de pedirle permiso al viajero de al lado. Estaba sonriente, juguetón, experimentando la diferencia entre ser un viajero convencional, como había sido siempre, o uno de otra dimensión como el que empezaba a ser ahora. De entrada me pareció que le gustaba, celebraba que el asiento delantero no le encajonara las rodillas. Pero le dolió que la azafata no le ofreciera la prensa ni un mísero café. Estaba registrando cada detalle, cada sensación, como siempre, para contármelo. Tenía que estar a punto de llegar, si es que no estaba ya allí. Acababan de anunciar otro vuelo.

Alguno tenía que ser el suyo. No podía aceptar que ninguno lo sería. El mundo no tendría ningún sentido si no podíamos mantener nuestros encuentros para ponerlo en orden. Yo los había suspendido hacía un tiempo, hasta que la onda expansiva del 11 de septiembre nos sacudió el pasado y el presente.

—¡Hola! ¿Lo estás viendo? Me decía, yo estuve ahí con Elvira. Tengo que llamarla. Si se va a acabar el mundo con quien tengo que hablar es con ella. Ya sé que no era lo convenido; perdona, lo hice sin pensar.

—No seas tonto. ¿Quién dijo que no se podía llamar?

Para nosotros también fue un antes y un después. Desde entonces estábamos reajustando los tiempos y las formas. En Portugal intentamos acompasar el paso una vez más, siete años después. Igual que entonces, partíamos hacia rumbos aparentemente opuestos y a la vez pretendíamos encontrar alguna forma de avanzar juntos; cuando menos de no perder el contacto. No había nada establecido. Tocaba inventar o descubrir. En esas andábamos. Me había

dicho que esta vez traía mucho material. Parece que en las últimas *excavaciones* había descubierto algo sobre Rafaelito, el niño de Luyanó y también algunos cabos sueltos de mi infancia que llegaban hasta hoy de no sé de qué manera. Los cuentos de Canarias, los mil y un proyectos, la próxima novela, nosotros... ¿Se había ido con el plano del tesoro? ¡Imposible! Él nunca me haría eso. Tenía que haber una explicación. Tenía que llegar en el próximo avión. ¿En éste quizá?

No dejé de mirar a la puerta de salida hasta que la masa de los que llegaban y los que esperaban se fue disolviendo y despejando la zona. El lugar vacío me provocó extrañeza. Se había hecho de noche. ¿Qué hacía allí? El sentimiento se me echó encima. ¡Dios, qué desamparo! No tengo ni idea del tiempo que estuve andando como una penitente autómatas invocándolo sin cesar.

—Colibrí, colibrí, colibrí, colibrí...

Tenía varias maneras de expresar otro de sus principios básicos: no pesar sobre nadie. La más informal era «cada uno cargue con su pesado», una pintada que vio alguna vez en La Bodeguita del Medio. Entre nosotros era «colibrí», el pájaro que nunca se posa; come volando, vive volando, ama volando...

Cerró la cafetería. La penumbra creció. Sonó el teléfono. Eran Celsa y Marcos.

—¿Ónde estás?

—No aeropuerto.

—Estamos chegando a Santiago. Recollémoste aí.

Me acompañaron hasta que acepté irme de allí. Respetaron mi silencio, mi deseo de irme a casa sola, mi empeño de no llevarme al aeropuerto por la mañana.

Fui a Madrid sabiendo que él no estaría allí. Me acompasé a la coreografía del ritual, al desconcierto y el desamparo de los otros. Mis amigos de Galicia llamaban regularmente. Querían acompañarme y acompañarse. Ellos no tenían un ritual en el que ampararse. A media tarde estuve a punto de perder pie. Me angustió sentir que perdía su tacto y su voz. Tuve que salir a tomar el aire. El cielo estaba lleno de nubes grises. Me senté en la acera exterior del tanatorio. Me acurrugué sobre las rodillas para recomponerme, para reencontrarlo. Me sacó del ensimismamiento una ventisca repentina que limpió el cielo en un momento. Sentí el placer del aire en la cara. Recordé que a él le gustaba decir que yo le había descubierto ese placer. Fue un guiño reconfortante. Sonó el teléfono. Mis amigos volvían a llamar.

—Estamos todos xuntos. ¿Qué quieres que fagamos? ¿Quieres que vaiamos a algún sitio?

—Si, á Praia do Vilar. El debe estar alí; tiñamos reservado hotel para esta fin de semana.

¡Qué tonta! ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Él seguía el plan previsto. ¿A que venía esa angustia?

—Si, mi amor, me volví tonta. No sé qué me pasó.

Saqué mi cuaderno para hacer constar mi torpeza y su revelación. Sentí como el sol me abrazaba por la espalda mientras escribía. Me abrazaba. Su magia ya no me abandonó más. Nunca más.

Al atardecer mis amigos volvieron a llamar.

—Sí, está aquí. Estamos todos aquí. Terías que ver que maravilla de posta de sol te estás perdendo. Hai unhas olas fantásticas. Escoita.

Me apoyé en lo que había más a mano. Cerré los ojos y sentí el vaivén del mar. El mundo se mecía a la par. Mi apoyo resultó ser el mástil de las banderas del tanatorio. Había elegido el amparo perfecto para acompañar mi bamboleo. Otro guiño del mago. Fueron continuos a partir de entonces.

El ritual siguió aunque ya no tenía sentido. Por fortuna fue discreto. Medio Madrid se había ido de puente. Todo quedaba entre nosotros; una ocasión más para el encuentro.

Me gustó poder contárselo con calma a Pablo, a Claudia, a Annabelle. Unos días después sentí que tenía que decírselo a Natalia. Quizá habría dado crédito a las noticias del periódico. Le mandé un correo.

Hola Natalia: Sé que estás triste porque crees que Jesús se ha ido. No te preocupes, sólo se ha mudado. Se vino a Galicia, porque ni aún ahora le está permitido volver a Cuba. Él podría perfectamente burlar los controles e instalarse, como deseaba, en algún lugar hermoso al borde de su Caribe habanero, pero sería como aceptar lo inaceptable y sabes que él nunca haría algo así. Su lucha continúa; nadie tiene el derecho de privarnos de poder pisar la tierra que sentimos como nuestra, de poder respirar el aire que sentimos como nuestro, de convivir con la gente que sentimos como nuestra gente y de descansar junto al mar que sentimos como nuestro mar. Mientras eso no sea posible en Cuba ha decidido instalarse en este confín. Él sabe que desde aquí La Habana está sólo un paso más allá del horizonte.

Pensé incluso en hacer una nota *Desde Galicia* para *Encuentro en la Red*, pero por una mezcla de pereza y timidez lo fui dejando. Ahora que *Encuentro* se dispone a revisar con calma aquella mudanza inesperada me pareció que era una buena ocasión para hacerlo por si todavía queda alguien confundido por las noticias de aquellos días.

(Continuará)

Sigüeiro. Julio, 2002